

cio César, su segundogénito, en Marsella, de camino á España. A los diez y ocho meses de muerto el segundogénito, muere allá en Licia el primogénito. Poco después acusan al postrero de sus hijos, al incontinente Agripa, de urdir con Julia su hermana y con Ovidio su poeta la fuga de su madre. Los tres fueron desterrados. Después el marido quita sin piedad la pobre pensión dada por Augusto á Julia, y parece imposible! la hija y la esposa de dos Césares muere á la miseria y al hambre.

## LIVIA

---

Livia fué la enemiga de Julia. ¿Y cómo era Livia? Oídme:

Estamos en plena Campania y por Agosto del año 14 de las edades cristianas. El calor era sofocante, como debía suceder en las regiones meridionales de Italia y sucede en nuestros reinos de Andalucía y de Valencia. El viejo Augusto espiraba á los setenta y seis años de edad, á los cincuenta de próspero y no disputado imperio. Había llevado la paz y el orden sobre Roma, pero arrancándole todas sus libertades. Así dejaba una sociedad y no dejaba hombres para componerla y sustentarla. Cuando el resorte moral de la libertad se pierde, los ciudadanos sólo se mueven, como las masas de materia bruta en los espacios, por el resorte mecánico de la fuerza. Y la tiranía mostraba, en la hora suprema de agonizar el tirano, toda su irremediable impoten-

cia. Mientras el hombre pudiera matarse á sí mismo, quedábale á la libertad de los romanos algún refugio: el supremo y sublime á que habían acudido Bruto y Catón. Mientras el tirano pudiera morir, estaba tocada de muerte también la tiranía. Inútilmente se multiplicaban los templos, y se reunían los sacerdotes, y se quemaban sobre las aras toda suerte de inciensos; el César no era Dios, puesto que no podía superar las olas del tiempo, cuyos torbellinos á todos nos arrastran juntamente, ni vencer á la naturaleza, ni sustraerse á la igualdad implacable de la muerte. Así Augusto, que había visto su divinización universalmente aceptada por aquellos pueblos, pura materia en la cual sólo ejercía su imperio la pura fuerza, dolorido, apenado, exhausto, á la hora de su último trance burlábase un tantico de sí mismo, y mucho, muchísimo de sus devotos, pues nada hay tan despreciable á los ojos de los opresores como la bajeza de los oprimidos.

Mientras Augusto vivió, todo anduvo bien, porque supo satisfacer la universal necesidad de reposo. Pero, en cuanto Augusto se moría, los tímidos temblaban por la incertidumbre de su respectiva suerte; los patriotas advertían cuántos peligros encierra todo despotismo para la patria; volvíanse los agradecidos y no desmemoriados al recuerdo de las

virtudes antiguas y de las instituciones republicanas; experimentaban todos la inclinación universal en nuestra especie hacia el más preciado de los bienes, hacia la madre libertad. Los jóvenes epicúreos, á quienes el deleite de los sentidos apartara de los goces del alma; y los viejos estoicos, muertos en vida por el hielo moral de la indiferencia; y los sobrevivientes de las guerras civiles, tan anhelosos de paz y tan resignados á tenerla en la servidumbre; y los plebeyos, divertidos por las fiestas del circo y alimentados por los dispendios de la Annona, dignos, aunque pobres ciudadanos de la República en otro tiempo y á la sazón animales domésticos del pródigo César, todos á una sentían en la crisis última y en el último trance de la augusta existencia cuánto daño trae fiar la vida y suerte social á las frágiles manos de un hombre, siervo de las enfermedades y de la muerte.

Augusto, que tanto denostara un tiempo al pretoriano Antonio por la pasión á Cleopatra, cayó á su vez bajo la tutela de una mujer bella, inteligente, animosa; pero no hechicera, ni maga, ni adivina, ni rodeada por los prestigios del trono, ni ardiendo en las llamas del placer, sino fría, rígida, severa, incapaz de amor, ocupada sólo en sus ambiciones y queriendo satisfacerlas con la persona de su hijo, merced á ella adoptado y reconocido como sucesor

en la suprema autoridad, aunque sospechoso y terrible para todo el mundo, pues sólo siniestros presentimientos engendraba el glacial y sombrío Tiberio. Cuando, en aquel viaje por Campania, después de haber recorrido Bayas y Puzzoli, habitado Capri, saludado á Parhenope, Augusto entró en la tranquila Nola, sintióse tan mal que hubo necesidad de detenerse y aguardar allí ó el alivio ó la muerte. Nola está hoy unida á Nápoles por un trayecto de vía férrea que cuenta treinta y siete kilómetros. Es ciudad antiquísima y ha conservado, como Capua, su primitivo nombre, según unos etrusco, y griego según otros. En aquel tiempo, los numerosos habitantes de Nola, y los fuertes muros en los cuales se estrellara la cólera de Aníbal, y las magníficas doce puertas, y los preciosísimos vasos cocidos y pintados á la usanza griega, dábanle universal renombre. Para Augusto, en el estado de ánimo á que lo condenaba su estado, tenía una particularidad especialísima, á saber: que allí mismo había muerto su padre, y así que bajó de la litera, dió imperiosa orden de que lo llevaran á la misma habitación y arreglaran el lecho en el mismo sitio donde el autor de sus días pasó de este al otro mundo.

En cuanto Augusto se recluye dentro del cubículo, Livia se sienta á los pies de su cama. Esta ma-

trona es la imagen exacta de las desapoderadas ambiciones devorando espíritu y conciencia. En el creer y sentir suyo, todo podía intentarse para dominar y guardar la dominación, y, sobre todo, el crimen. Los súbditos sirven de alimento al poderoso, cual sirven los animales inferiores de alimento al hombre. Y así como no sentimos ningún remordimiento cuando nos regalamos con sabroso cordero, en cuyo corazón inocente clavamos el cuchillo de la cocina, sin curarnos de los plañideros balidos ni de las tiernas miradas del pobre animal, no debemos sentir tampoco remordimientos al sacrificar los destinados para nutrir con sus despojos las grandes almas y para mover con su sangre las fuertes é imperiosas voluntades. Cuarenta años en aquella sazón hacía que Livia estaba unida con Augusto. Y en el trance de la terrible agonía no se acuerda de conservar el esposo, sino de conservar el poder. Le pasa la mano por la frente, le toma el pulso, le inspecciona la lengua, no por el temor de quedarse viuda y en la tristeza de la viudez, sino por el temor de quedarse sin el imperio y en la humildad de un sencillo hogar. No siente que se vaya el marido, sino que se vaya el emperador. Y siente que se vaya el emperador, porque con él se va también su propio imperio. Así el único pensamiento que la embarga es recoger la superior autoridad

exhalada con el aliento último de aquella vida y vincularla por algún medio en su persona, dándole á su hijo Tiberio la corona imperial y reteniendo por ende así toda la majestad del Imperio.

Pertenecía Livia á la familia preclara de los Claudios, y estuvo en matrimonio unida con orgulloso patricio. El amor de Augusto fué tan impetuoso, que la tomó en arbitrario divorcio á su primer marido, y se unió con ella por solemne matrimonio, aunque embarazada, y hasta en su embarazo adelantadísima. El padre recibió su hijo tres meses después de haberlo parido una mujer que ya no le pertenecía. En cuanto Livia llegó á la casa imperial, constituyóse oráculo político del emperador. Así copiaba las virtudes austeras de las primitivas matronas romanas para oprimir mejor á sus degenerados descendientes; odiaba el excesivo lujo de su tiempo, vistiendo, por consiguiente, siempre de lana, é hilando con su propia mano los vestidos de su esposo. Ni el lujo podía seducir, ni el amor halagar á mujer embargada por el sentimiento de la más desapoderada ambición. Todo cuanto se apartaba de mandar á los pueblos, dirigirlos, gobernarlos, parecía indigno de su rango. Los placeres, las fiestas, los vicios, los amores, los desórdenes pasaban á sus pies sin tocar jamás en aquella su frente, coronada, como las alturas del planeta,

por los hielos eternos. Fría é indiferente á todas las seducciones de los sentidos, inaccesible á todas las tempestades del amor, sin más mira que su propio engrandecimiento, sin más fin que mandar, no sólo cerraba los ojos á las infidelidades varias de su marido, sino que las facilitaba, encontrando en ellas medios é instrumentos de poder y de imperio. Los celos acompañan al amor y en su corazón empedernido, cerrado á todo fuego, sólo se deslizaban, como frías serpientes, los recelos de la ambición. Crecer en influencia, subir á las cimas de la tierra, ver desde las alturas vertiginosas el pueblo sometido y encorvado, dominar el planeta: he ahí el blanco de todos sus deseos. Pertenecía tan sólo á su tierno sexo en lo flexible para componerse con las circunstancias y en lo paciente para esperar su hora. Escondía las garras en las preseas de mujer, como la tigre ó la gata en la aterciopelada finura de su piel, y las sacaba cuando podía sin riesgo alguno hundirlas en las entrañas de sus víctimas. Ulises con faldas la llamaba uno de sus nietos. Hábil y diestramente atravesó todos los bajíos y burló todos los escollos sembrados en su posición difícilísima, hasta completamente apoderarse de Augusto, y por Augusto, del mundo. Era ambiciosa con vehemencia, pero también disimulada con estudio, y astuta con perversidad, y artera con destreza, com-

pitando en ella la audacia de los fines con la hipocresía de los medios y el súbito golpe de las resoluciones con la tortuosa y larguísima preparación empleada en todos sus atentados.

Por los museos de Roma, de Nápoles, de Viena, de París encontraréis medallas, ó bustos, ó estatuas que la representen; y en todas esas efigies podéis admirar su cabellera ondulada y su peinado majestuoso; la fría impenetrabilidad de su frente serena; la robustez de su cuello, torneado á maravilla; las dos barbas que señalan con cierta crasitud agradable cierta madurez en las ideas y en los sentimientos; sus ojos, aunque algo saltones, de prestigioso poder sobre cuantos los contemplan; la nariz mediana y un poco arremangada, única facción que manifiesta lo siniestro de sus afectos y lo duro de sus resoluciones; los narigales angostos y la boca cerrada firmemente, cual si la contrajera el propósito deliberado del disimulo y del silencio; la postura gallarda é imperiosa como todos los habitados á ejercer de antiguo la dominación sobre la tierra; en fin, la mezcla de clarísima inteligencia con perversión irremediable: una euménide, roncando sordamente bajo la fría y marmórea majestad de una diosa. Campean, sobre todo, en aquel rostro, facciones que patentizan la fuerza de su temperamento viril y la energía concentrada de su ca-

rácter implacable; los labios delgados y contraídos, antes dispuestos á callarse que á hablar; la nariz, algo semejante al hocico de las hienas abreviado; la barba muy ancha, cuya grande amplitud es una firme base para sustentar aquella espaciosa frente llena de firmeza. ¡Oh! La mujer está destinada de suyo á los afectos dulces y tiernos. Sus palabras deben ser una gota de miel en las amarguras de la vida; su sonrisa, un rosado crepúsculo brillando sobre las sinuosidades oscuras de la inteligencia; su mirar, el casto rayo de luna sin mancha penetrando hasta los abismos de nuestro corazón y ciñendo de su aureola melancólica y santa todas nuestras febriles y exaltadas pasiones. Moderar los ímpetus demasiado fuertes del hombre; curar con afectos tiernos su corazón, despedazado por exaltadas pasiones; atraer la ambición sin límites al estrecho pero venturoso nido del hogar: tal debe ser su angélico ministerio en la sociedad. Esas alas tan bellas se tronchan al viento que vibra por las alturas inaccesibles de las desapoderadas ambiciones y del omnipotente poder. Ese pecho jamás se abrirá fácilmente á la frialdad de la razón de Estado. Lo bello, lo tierno, lo gracioso, forman otros tantos círculos, donde su natural hermosura se engarza como en su centro de gravedad. Mas, por lo mismo que la mujer es así, tan dulce, tan pura, tan deli-

cada, cuando la triste ambición se desliza en su ánimo, tórnase esta pasión en sentimiento más ciego, más impetuoso, más vehemente que la ambición de los hombres. El amor, para que ha nacido, se pierde, y toman los anhelos de poder y de dominación toda la fuerza creadora y toda la ceguera sublime del amor. Así el gran psicólogo de la literatura moderna pintó en lady Macbeth los excesos de la ambición desapoderada y fría. Tal era Livia. Sin mandar no concebía la vida. Cuarenta años de gobierno ¡ah! no la habían hastiado de este peligroso ejercicio, que se presentaba á la vejez con todas las seducciones imaginables. Para ella, pues, vivir equivalía en el fondo á imperar, é imperar á vivir. Fuera del poder, sólo concebía el sepulcro. Mientras Augusto viviera, estaba segura de ejercer sobre Augusto su imperio y de asegurar, por tanto, la propia fortuna. Pero muerto Augusto, los sucesores la condenarían al alejamiento del poder, al destierro de Roma, quizá á la muerte. Mientras esperó sucesión, esperó también que el hijo de la mujer más amada en el hogar sería el adoptado y preferido para el imperio, pues todos cuantos ejercen la tiranía de cerca ó de lejos saben muy bien cómo intentan los tiranos siempre amoldar el mundo y amoldar la humanidad á su propia imagen y semejanza en guisa de dioses. Pero cuan-

do pasaron los años, vino la vejez y se desvanecieron las esperanzas de sucesión directa, Livia sólo tuvo entonces un pensamiento: elevar al trono el hijo de su primer matrimonio, y para realizar este pensamiento, sólo tuvo un propósito: suprimir la familia del segundo marido, suprimir la familia de Augusto. ¡Cuántos crímenes en los santuarios del despotismo! Divinizad al hombre y lo veréis convertido en bestia.

¡Cuántos crímenes, repito, en los palacios del despotismo! Suprimís la libertad que es la luz y viene la noche. Y en el seno de la noche se arrastran aves carniceras, reptiles inmundos, los hijos naturales de las tinieblas. A las competencias del Foro suceden las competencias del salón; á los debates, las intrigas; á los retos en el comicio ó en el Senado, las maniobras cortesanas; á los tribunos del pueblo, los favoritos del tirano; á la vida, tempestuosa muchas veces y agitadaísima, la paz, sí, pero la paz de los sepulcros. No hay los peligros de las elecciones, pero hay los peligros todavía mayores de la herencia. No hay aire y, por consiguiente, no hay vientos ni huracanes, pero tampoco respiración posible. En la oscuridad se desliza el crimen. Apenas Augusto funda el despotismo, cuando trae con el despotismo todos los horrores de esa cuestión de las herencias, en cuyo seno se encierra el